

lina que le traspasó el muslo. Cuando sus soldados lo vieron caer, se produjo entre ellos tal confusión y espanto, que hubieron de quedar casi abandonados los manteletes y por espacio de algunos días el cerco se trocó en bloqueo.

»Curado ya Aníbal, se reprodujo el ataque con mayor empeño y los trabajos de aproche llegaron hasta el pie del muro, que el ariete quebrantó por muchos puntos. Tres torres y la muralla que las unía se derrumbaron con estrépito, creyéndose ya los cartagineses dueños de la plaza. Pero los saguntinos pusieron entonces sus desnudos pechos por muralla en defensa de la ciudad, y detuvieron al enemigo en medio de los escombros.

»Tenían un dardo de madera de pino terminado en una punta de acerado hierro, y de tres pies de largo; por manera que podía traspasarlo todo á la vez, la armadura y el cuerpo. En el punto en que el hierro salía del asta había un mechón de estopa empecinado, que encendían en el momento de lanzar el venablo y cuya flama activaba el mismo vuelo. Así, pues, la *falarica*, que así la llamaban, causaba grande espanto al enemigo. Aun cuando este dardo se detuviera en el escudo sin herir al soldado, lo obligaba, por temor al fuego, á tirar sus armas, y á exponerse sin defensa á las continuas y diversas hostilidades.»

Estas hostilidades habían ocurrido ya antes de la llegada de los enviados romanos al campamento de Aníbal y á Cartago; pero se renovaron con mayor encarnizamiento, después de la ruptura de las negociaciones, y para excitar el ardor de los soldados, prometió Aníbal todo el botín de la ciudad.

»Durante la tregua, hubieron de levantar los saguntinos un nuevo muro detrás de la brecha; pero los asaltos fueron luego más frecuentes y empeñados: envolviendo casi todo el recinto el innumerable ejército cartaginés, no sabían los sitiados á qué punto acudir con preferencia en medio de los clamores que por todas partes se oían. Aníbal estaba presente donde quiera. Había hecho construir una torre móvil, más alta que las fortificaciones de Sagunto y dividida en pisos armados de catapultas, que dominaban con sus proyectiles el muro y ahuyentaban de él á sus defensores. No pudiendo ya estos defender los aproches de su muralla, envió el cartaginés quinientos africanos á derribar el recinto á golpe de piqueta, y como estaba formado sólo de piedras ligadas con cemento de tierra, muy luego practicaron una amplia abertura, por donde el enemigo entró en la ciudad.

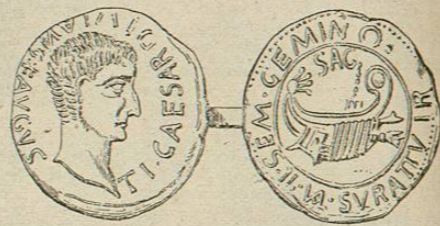
»Pero el combate se renovó dentro de ella de casa en casa, y habiendo logrado los cartagineses apoderarse de una altura, la circuyeron con un muro y asentaron dentro sus catapultas y balistas para batir desde allí el interior de Sagunto. Era una ciudadela que tenían en la misma plaza y que la dominaba.

»Los saguntinos, por su parte, cubrieron con un nuevo muro lo que aun poseían de su ciudad; pero estrechados más y más cada día, veían con despecho crecer el peligro y disiparse toda esperanza de socorro. La esperanza renació un momento, cuando se supo que Aníbal tenía que partir contra los oreanos y carpetanos, á quienes había sublevado el rigor de las levas. El general partió en efecto; pero Sagunto nada ganó con su partida. Encargado de continuar el sitio Maharbal, desplegó tanta actividad que ni los sitiadores ni los sitiados notaron la ausencia del caudillo.

»Este último, á la vuelta de su breve y feliz expedición, hubo de empeñar el más porfiado y sangriento combate, siendo fatal consecuencia que parte de la ciudadela saguntina cayera en poder del cartaginés. Entonces dos hombres, Alcón, de Sagunto, y el español Alorco, procuraron nego-

ciar un acomodamiento; pero las condiciones del vencedor fueron tales, que no se atrevió el saguntino Alcón á comunicárselas á sus conciudadanos. Aníbal no concedía á los habitantes de Sagunto más que la vida y dos vestidos, debiéndole entregar todas sus riquezas y armas, abandonar la ciudad y retirarse al lugar que él designara.

»Alorco, que había sido en otro tiempo huésped de los saguntinos, se ofreció á trasmitir personalmente tan duras condiciones. Avanzó pues de día claro hacia los centinelas enemigos, á los cuales entregó sus armas, y habiendo pasado las trincheras, se hizo conducir á presencia del primer magistrado, el cual lo introdujo en el senado. No bien hubo acabado de hablar, cuando los principales senadores hicieron encender en la plaza pública una hoguera, y arrojando en ella todo el oro y plata que encontraron en el tesoro público y todas las riquezas de sus casas, se precipitaron también ellos al fuego. Este espectáculo había difundido ya la consternación entre la multitud que acudiera de



Moneda de Sagunto

las murallas al foro, cuando se oyeron grandes gritos entre un estruendo espantable: una torre se derrumbaba, y una cohorte cartaginesa se lanzaba á las ruinas haciendo saber al caudillo del ejército que la plaza estaba desguarnecida.

»Aníbal acudió con todas sus fuerzas, se abrió fácilmente paso y mandó matar á todos los hombres en aptitud de manejar armas. Medida cruel, dice Tito Livio, pero necesaria, como demostró el mismo acontecimiento; porque ¿cómo perdonar á unos hombres que se quemaban en sus propias casas con sus mujeres é hijos y que con las armas en la mano, combatían hasta el último suspiro (1)?»

Esta resistencia verdaderamente heroica, de que España nos dará aún otros ejemplos, hubo de durar ocho meses. Parte de las riquezas de Sagunto, enviadas á Cartago, disminuyó todavía el número de los partidarios de la paz, y cuando fué otra embajada de Roma á exigir una solemne reparación, los romanos fueron los reconvenidos por su infidelidad á los tratados.

La discusión se prolongaba en el consejo de los ancianos, hasta que al fin, levantando Fabio un paño de su toga, exclamó: — «Aquí traigo la paz ó la guerra: elegid. — Elige tú mismo, le contestaron de todas partes. — Pues bien, la guerra,» repuso Fabio. Y dejó caer el paño de su toga, como si sacudiera sobre Cartago la muerte y la destrucción (219).

Aníbal activó sus preparativos. Envió 15,000 españoles á dar guarnición á las plazas de Africa, y llamó á España otros 15,000 africanos. Unos y otros serían rehenes que responderían de la fidelidad de ambos países. Su ejército se

(1) Tito Livio (XXI, 6-14) dice que todos los defensores de la plaza fueron pasados al filo de la espada, *belli jure* (XXI, 13); pero él mismo refiere en otro lugar que uno de los primeros cuidados de los Escipiones fué rescatar á los saguntinos. No todos habían, pues, perecido. Tampoco fué destruida Sagunto, porque los Escipiones la tomaron en 215 y los romanos hicieron de ella una colonia, que existía aún en tiempo del imperio. Una de sus monedas, de labor muy grosera, representa por el anverso á Tiberio, y por el reverso una proa de navío. Aun se ven sus ruinas cerca de Murviedro (*Muri-Veteres*) y los españoles sostuvieron allí un sitio en 1811 contra el mariscal Suchet. El teatro construido en la falda de una colina fué entonces casi destruido para utilizar sus piedras en las fortificaciones.

componía de 90,000 hombres de á pie y 12,000 de á caballo, con 58 elefantes. Una derrota naval hubiera arruinado sin remedio sus proyectos, y las flotas de Cartago no dominaban ya en el Mediterráneo. Con esto, resolvió abrirse camino por tierra. Era una empresa bien audaz ir á buscar á los romanos hasta el corazón de Italia, dejando atrás los Alpes, el Ródano y los Pirineos; pero desde la arriesgada expedición de Alejandro, todo parecía posible con audacia. Acaso no creía Aníbal á Roma más fuerte en Italia que Cartago en Africa. Los emisarios secretamente enviados con oro á los galos y cisalpinos para estudiar los pasos de las montañas y la disposición de los pueblos, habían traído informes favorables. Los boyos y los insubres, en el valle del Po, prometían levantarse en masa, y no parecía difícil enardecer el mal extinguido odio de los últimos italianos que



Orador vestido de toga (1)

Roma había vencido. Capua no se resignaba á la oscura condición de ciudad súbdita; los samnitas se despertarían seguramente, y Tarento y Etruria y...

Y luego no había más que la elección de recibir la guerra ó llevarla á Italia; como que ya el cónsul Sempronio hacía en Lilibea inmensos preparativos para una expedición, y Escipión levantaba tropas que había de conducir á España. Era menester prevenir el ataque. El ejemplo de Régulo probaba las ventajas de la guerra ofensiva; era también, por otra parte, el único sistema que convenía á la posición de Aníbal, y al que sería preciso volver aún después de las victorias en Africa y España.

Si había peligros en esta marcha, también se debía contar con el prestigio que rodearía al ejército, cuando vieran los italianos descender de la cima de los Alpes aquellos soldados procedentes de las Columnas de Hércules á llevarles la libertad. Desde Pirro ningún enemigo había penetrado en

(1) Estatua célebre de la galería de Florencia, representando á un orador en el uso de la palabra. (Muller: *Denkmaler*, t. I, p. LVIII, núm. 289.)

la Italia central. En medio de este rico país, la guerra nutriría á la guerra y se podría pasar muy bien sin Cartago. Si eran necesarios refuerzos, Magón, acantonado entre el Ebro y los Pirineos con once mil soldados, y Asdrúbal que quedaba en España con 15,000 hombres, cincuenta y cinco navíos y veintidós elefantes, seguirían el camino que Aníbal iba á trazarles, reclutando de paso á todos aquellos galos tan mal dispuestos contra Roma y que conocían de mucho tiempo atrás y amaban el lucrativo servicio de Cartago.

Cuando Aníbal concibió tan atrevido plan, apenas tenía veintisiete años: la edad de Bonaparte en Lodi (2).

II. — ANÍBAL EN GALIA. — PASO DE LOS ALPES

Después de un solemne sacrificio ofrecido en Gades á Melkarth, el gran dios de la raza fenicia, partió Aníbal de Cartagena en la primavera del año 218 y llegó á orillas del Ebro con ciento dos mil hombres. Más allá del río, es el país difícil, erizado de montañas, casi inaccesibles algunas, como la de Montserrat, de 1300 metros de altura. Pasó con el grueso de sus fuerzas entre ella y el mar en la dirección de Emporium (Ampurias), mientras algunos cuerpos destacados marchaban hacia el N. O. á rechazar á los montañeses á sus altos valles. Hubiera querido no dejar un solo enemigo entre el Ebro y los Pirineos, pues ya veremos como los Escipiones encuentran allí muy pronto amigos. Muchos soldados habían desertado, antes de franquear las montañas; otros se espantaron y Aníbal despidió once mil, y todavía dió diez mil infantes y mil jinetes á su teniente Hannón para guardar los pasos, entrando en la Galia con cincuenta mil peones y nueve mil jinetes, todos aguerridos y afectos á su persona. Treinta y siete elefantes seguían al ejército.

Al volver de Cartago los embajadores romanos habían pasado á la Galia para comprometer á los bárbaros á cerrar á los cartagineses los pasos de los Pirineos. A esta proposición de combatir por el pueblo que había abandonado á Sagunto y oprimía á los galos italianos, cundieron por la asamblea de los bebrices (Rosellón) tales risotadas entre furiosos gritos, dice Tito Livio, que á duras penas pudieron los ancianos calmar á los mozos.»

De regreso en Roma, refirieron los diputados que en ninguna de las ciudades trasalpinas, salvo Marsella, habían oído una palabra de paz ó de hospitalidad, y que el odio á Roma y el dinero derramado por los emisarios de Aníbal, preparaban á los cartagineses un camino fácil. Era pues preciso retenerlo en su península. El cónsul Sempronio, que desde Sicilia preparaba una expedición al África, recibió orden de impulsar los preparativos, y su colega P. Escipión activó también por su parte las levas para el ejército destinado á España. En aquel momento creía el senado que bastarían cuatro legiones para hacer entrar en razón á Cartago y á aquel mozo presuntuoso. Veintitres legiones será menester armar muy pronto solo contra Aníbal.

Tomáronse también precauciones contra los cisalpinos, enviándose á Cremona y á Plasencia dos colonias de seis mil hombres cada una para tenerlos á raya; sino que los boyos y los insubres dispersaron á los colonos, los persiguieron hasta Módena, cuya plaza sitiaron, y sorprendieron en medio de un bosque al pretor Manlio, que por poco no perece. Estos acontecimientos retardaron la partida de Escipión y lo privaron de una legión que debió enviar á las colonias del Po. Sin embargo, cuando entró su flota en el

(2) Clinton (*Fasti Hell.*, III, p. 20 y 52) fija su nacimiento en 247. No tenía, pues, más que 26 años, cuando el ejército le dió la sucesión de Asdrúbal, y 27 cuando sometió á España.

para no dejarse encerrar en esta plaza, fué luego á tomar posición á un valle que desemboca en esta ciudad, y desde donde se apoyaba en el Apenino, á cuyo pie se movían las fuerzas de Sempronio, que venía á incorporársele. Escipión sentó su campo en unas alturas por encima del Trebia, río torrentoso tristemente célebre, así en nuestra historia como en la de Roma, que desciende del Apenino al fondo de un estrecho valle, amplio ya, á unas doce millas de Plasencia. Allí esperó el cónsul la llegada de su colega Sempronio, á quien había llamado en ayuda, y el cual había venido con todas sus fuerzas, de Regio á Arimino, en espacio de cuarenta días.

¿Qué camino habían seguido estas legiones desde las costas del Adriático hasta las márgenes del Trebia? Cruzar la Cisalpina por el país de los boyos, era exponerse á las agresiones de los galos, y al mayor peligro de encontrar á Aníbal, antes de incorporarse al otro ejército consular. Sempronio debió de atravesar la Etruria, seguir la vertiente meridional del Apenino, que ocultaba su marcha, y desembarcar por los cerros que se abrían á espaldas de Escipión.

Los romanos tenían parte de sus almacenes en Clastidio, punto fortificado á orillas del Po, por encima de Plasencia. Aníbal envolvió esta plaza, espantó ó sedujo á su gobernador, un hijo de Brindis, y entró en ella; adquisición tan preciosa para él, como funesta para los romanos. Sempronio creyó más urgente aun la batalla, excitado por este mismo contratiempo. Polibio, amigo de los Escipiones, dice que orgulloso Sempronio de una ligera ventaja obtenida en una escaramuza, quiso, á pesar de su colega, dar la batalla, para no dejar á los generales del año siguiente el honor de libertar á Italia. No era posible que dos cónsules y cuarenta mil romanos rehusaran el combate con aquellos cartagineses á quienes habían vencido tantas veces en la primera guerra púnica; ni Sempronio fué llamado de Sicilia para que contemplara desde el seguro de su campo atrincherado la devastación de las llanuras del Po. Este caudillo hizo bien en combatir, pero no acertó á tomar disposiciones convenientes, ni debió dejarse engañar por ardidés que otro más experto hubiera adivinado.

En efecto, una mañana fueron los nubes al rededor del campamento romano, antes de la hora del desayuno, é insultando á los soldados, hubieron de atraerlos, fuera de las heladas aguas del Trebia, á un llano en que Aníbal había emboscado en el lecho de un torrente dos mil hombres confiados á su hermano Magón.

Debilitados por el hambre, por el frío, por la nieve con que el viento les azotaba el rostro, llevaban los romanos la peor parte, cuando vieron salir la infantería cartaginesa, bien descansada, bien comida, bien untada de aceite, á la cual había tenido Aníbal hasta el último momento al calor del fuego ó de la tienda para que ni siquiera tuviese frío. Mas de veinticinco mil romanos perecieron ó se extraviaron en aquel hecho de armas: diez mil solamente al mando de Sempronio pudieron abrirse paso por en medio de los galos de Aníbal, y llegar á Plasencia, donde, cerrada ya la noche, logró Escipión atraer algunos fugitivos.

Esta victoria fué debida á la caballería nómada, por otra parte tres veces más numerosa que la romana (1); ella introdujo el desorden en las dos alas del ejército enemigo, mien-

(1) Acostumbrados á combatir en un país montañoso, los romanos tenían poca caballería: en el Trebia 4,000 caballos por 36,000 infantes, ó 1 por 9. Aníbal tenía 10,000 caballos por 20,000 infantes, ó 1 por 2. Napoleón también hubo de aumentar mucho la proporción de la caballería en los ejércitos franceses, y los autores militares están de acuerdo en sentar por principio que la caballería debe ser á la infantería como 1 es á 4, á 5, á 6, según la naturaleza del terreno en que se combate.

tras los jinetes de Hannón llevaban el espanto al cuerpo de batalla atacándolo por la espalda.

La derrota del Tesino había rechazado á los romanos más allá del Po, y la del Trebia todavía los rechazó más allá del Apenino: exceptuando las plazas de Plasencia (2), Cremona y Módena, la Cisalpina estaba perdida para ellos.

Hasta aquí el plan de Aníbal no había tenido malogro. Pero mientras él se abría el camino de Roma, Cn. Escipión en España cerraba á sus hermanos el de la Galia. Tropas enviadas á Cerdeña, á Sicilia, á Tarento, guarniciones establecidas en todas las plazas fuertes y una flota de sesenta galeras, habían cortado todas sus comunicaciones con Cartago.

Poco importaba esto al afortunado general cartaginés, como quiera que los galos acudían en tropel á sentar plaza en sus banderas, y los prisioneros italianos, tratados con benevolencia, y luego libertados sin rescate, iban, á su parecer, á ganarle los pueblos de la península. De los dos caminos que allá conducían, eligió otra vez el más difícil, pero el más corto, y á pesar de lo adelantado de la estación, se puso en marcha para pasar el Apenino. Un espantoso huracán, como los que suelen estallar en aquellas montañas, hubo de rechazarlo. Volvió entonces á la Cisalpina, y manteniendo el bloqueo de Plasencia, esperó la vuelta de la primavera.

IV. — TRASIMENO (217) — CANAS (216).

Napoleon ha dicho: «Cuando se tiene la Italia septentrional, el resto de la península cae como una fruta madura.» Esto era una verdad en su tiempo, en que de los dos lados del Apenino todo estaba maduro para una próxima caída; pero no lo era en tiempo de Aníbal, porque un pueblo valiente, disciplinado y resuelto á vencer, esperaba allí al invasor detrás de la triple é inexpugnable muralla de ciudades ceñidas de muros ciclópeos, ligadas unas á otras por fáciles vías.

Los galos habían contado con una expedición rápida y con el botín, y era preciso mantener el ejército y someterse á la disciplina. El descontento engendró conspiraciones, de las cuales no se libró Aníbal, según parece, sino por medio de frecuentes disfraces, mostrándose ahora como joven, ahora como anciano y desbaratando así las tramas ó inspirando á aquellos groseros espíritus una especie de respeto religioso.

En cuanto cesaron los fríos, se resolvió á pasar á la Etruria en busca de las legiones, que no se habían atrevido á venir á disputarle la Cisalpina. Para desorientarlos otra vez, tomó el camino más difícil lanzándose en medio de inmensos pantanos, donde, por espacio de cuatro días y tres noches, tuvo que andar el ejército por agua y por cienago. Los africanos y los españoles, colocados en la vanguardia, pasaron sin muchas pérdidas; pero los galos que seguían ya por un suelo pisoteado se deslizaban y caían á cada paso. Sin la caballería que los empujaba con la espada á los ríos, hubieran retrocedido; pero muchos perecieron. Casi todos los bagajes y las bestias de carga se quedaron en los pantanos. El mismo Aníbal, montado en su último elefante, perdió un ojo, á consecuencia de los insomnios, las fatigas y la humedad de las noches.

Al salir de estos barrizales que fueron desecados después cuando se hizo el trazado de la vía Emilia, entró en el Apenino, pasó el desfiladero de Pontremoli y descendió al valle del Arno marchando por Fesule sobre Arretinum.

(2) Encerrado Sempronio en esta plaza, obtuvo sin embargo algunas ventajas sobre Aníbal (Tito Livio, XXI, 57, 59).

Si vigilando todos sus movimientos, hubieran venido los romanos á atacarlo al salir de los pantanos ó de la montaña, habrían detenido allí su fortuna; pero no sabían hacer la guerra con esta previsión. Acampados bajo los muros de Arretium y de Arimino, esperaban con paciencia que el enemigo se presentara por los caminos ordinarios, olvidando sin duda que ocho años antes, los galos habían seguido otro, que sin la feliz inspiración del cónsul Emilio, los hubiera conducido en derechura á Roma. Las legiones de Arretium estaban mandadas por Flaminio, que siendo tribuno, había hecho pasar una ley agraria, cónsul, había vencido á

pesar de los augures, y censor, ejecutado grandes obras de utilidad pública pagándolas con los censos, que los detentadores de los bosques, pastos y minas del Estado debían al tesoro y se olvidaban de pagar por la tolerancia del senado. El pueblo acababa de darle el segundo consulado á pesar de la oposición de los grandes. Ultimamente, Flaminio había extremado el odio de la nobleza contra él sosteniendo una ley que prohibía á todo senador tener en la mar un barco con más de trescientas ánforas. Así para anular su elección, se habían hecho los más siniestros presagios; unos imaginados por los que tenían interés en producirlos;



El arúspice (1)

otros aceptados por la credulidad popular y aun por la de los más graves personajes.

En Lanuvio, había agitado la diosa Juno su lanza; piedras abrasadoras habían caído en Preneste y salido llamas del mar; en Amiterno se habían visto vagar blancos fantasmas; en Faleria habían menguado las suertes y en una de ellas se leía: «Marte blande su lanza;» en Cere las aguas habían arrastrado sangre; en Capena hubieron de aparecer dos lunas en el cielo. Como si esto no bastara, en Sicilia habían brillado llamas en las cuchillas de las lanzas; en la Galia un lobo hubo de arrancar la espada á un centinela; algunos escudos habían sudado sangre y caído bajo la hoz espigas ensangrentadas: insanos terrores nacidos de creencias extravagantes ó del espanto producido por fenómenos ignorados y que prueban cuántas y cuán necias fantasías puede engendrar el espíritu humano aun en el pueblo más frío de la tierra. En nombre del senado el pretor de la ciudad prometió á los dioses ricas ofrendas, si conservaban la república por espacio de diez años en el estado en que se hallaba antes de la guerra; las matronas consagraron una estatua de bronce á la diosa Juno del Aventino y continuos sacrificios y rogativas solemnes llenaron la ciudad y el ejército de temores supersticiosos.

(1) Un arúspice consulta las entrañas y el hígado de un buey que se acaba de inmolar, y parece dar cuenta de lo que presagian. El victimario tiene en la mano derecha el mazo (*malleus*) con que hirió la víctima y el vaso en que ha recibido su sangre. Este bajo-relieve es acaso el único que ofrece esta ceremonia. Museo del Louvre, n.º 439 del catál. Clarac.

El recién elegido no hizo caso de esto. Ciertamente de ser detenido en Roma por falsos auspicios (2), parte secretamente de la ciudad, sin haberse puesto en su casa, según costumbre, la toga pretextada, ni tomado en el Capitolio la climide ó capa militar, ni hecho en el monte Albano el sacrificio obligatorio á *Júpiter Lacial*.

Para justificar este desprecio de los dioses y de las más antiguas costumbres, le era necesaria una victoria. Polibio dice que la buscó con imprudencia presuntuosa. Sin embargo, espera en su campamento de Arretium el ataque de Aníbal, y cuando el cartaginés, que, falto de máquinas de guerra, no podía tomar una plaza ni forzar un campamento, le echa delante, entonces sigue él sus huellas sin precipitarse, advirtiéndole á su colega que parte de Arimino con todas sus fuerzas, de suerte que podía tener la esperanza de renovar la campaña tan felizmente terminada en otro tiempo en el cabo Telamón. Finalmente en Trasimeno, no fué él quien atacara; pero tuvo el descuido, que pagó con la vida, de no explorar su marcha, y la torpeza de caer en el lazo que le tendió su hábil adversario.

Aníbal había dejado tras sí las altas murallas de Arretium y de Cortona, cuando, á siete millas al Sur de esta última ciudad, se encontró á la vuelta de una estribación de montañas, á orillas del lago Trasimeno (lago di Perugia), un manto de agua sin fondo, pero de diez millas de largo y

(2) *Auspiciis emittendis*. (Tito Livio, XXI, 63.) El tribuno Herenio acusó el año siguiente á los augures de fraudes piadosos. (Ibid., XXII, 34.)